

INFANTIL



© Del texto: 2012, Marianela Medrano
© De la ilustración: 2013, Claudia Rodríguez

© De esta edición:
2013, Santillana
Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue
Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono 809-682-1382 • Fax 809-689-1022

Las sedes del Grupo Santillana son:
Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-610-8
Registro legal: 58-347
Impreso en República Dominicana

Primera edición: marzo 2013
Primera reimpresión: noviembre 2015
Segunda reimpresión: febrero 2017

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Prietica

Marianela Medrano

Ilustraciones de Claudia Rodríguez



Para Noé, mi luz



Índice



Los hombres extraños que llegaron	11
Esperando a la abuela Julia	27
En la cueva de Cacibajagua.....	35
De cómo se hizo la mar	45
Los dioses taínos.....	51
El día que Fufa se fue	57
La partida.....	69

Los hombres extraños que llegaron

Prietica es una niña de pelo ensortijado y piel color canela oscura, a quien le gusta subirse en los árboles. La mata de jagua es su árbol preferido. En ella se desplaza de rama en rama como una ardillita, hasta encontrar su lugar favorito: dos ramas fuertes que salen juntas del tronco formando un canapé, como los brazos de un gigante.

Ahí, Prietica se sienta a cantar, a ver pájaros o a soñar que puede salir volando por encima del anillo de montañas y ver la mar.

¡La mar! Prietica nunca la ha visto pero sabe que está detrás de la hilera de montañas que cercan a Copey; se imagina que tiene arenas blancas, tal como se lo han descrito sus hermanos y su papá, que sí van una vez por semana a pescar y a agarrar cangrejos.



Pero a Prietica su mamá no la deja ir porque piensa que es muy chiquita para un viaje tan largo y agotador. Esto la pone triste. Esto, y otra cosa en la que Prietica no quiere ni pensar.

Cuando no está arriba de los árboles, Prietica juega con los cangrejos que su papá cría en una tina de cemento, especialmente preparada con el propósito de engordarlos, de manera que la familia siempre tenga raciones del sabroso crustáceo para comer.

Sus preferidos son los que tienen conchas azulosas y los ojos pequeñitos que se alzan como focos brillantes. Sin miedo pasa los dedos sobre los caparazones, siempre con cuidado de no tocar las muelas puntiagudas.

Entre la casa de Prietica y las demás hay un camino largo que se curva como una serpiente y, en el borde, las matas de cambrones y aromas se abrazan formando un arco verde que ofrece mucha sombra a los caminantes.

Hoy, Prietica se sienta en su lugar favorito, donde las dos ramas de la mata de jagua se juntan para acomodarla, y mira el valle del pueblo de Copey que se extiende más allá de sus propios ojos.



